

La desesperación especulativa de Søren Kierkegaard

Judith Butler

Traducción
Leandro Sánchez Marín

en negativo
ediciones

Butler, Judith

La desesperación especulativa de Søren Kierkegaard

Traducción: Leandro Sánchez Marín

Diseño de portada: Melissa Hincapié Ochoa

Medellín, 2020

ISBN: 978-958-48-8545-6

Índice

Desesperación, debilidad y obstinación:
una enfermedad para la muerte
por Jhoan Sebastian David Giraldo.....9

La desesperación especulativa de Søren Kierkegaard

Introducción.....35

La desesperación y el fracaso para lograr la identidad.....37

Los yoes apasionados y la afirmación de fe.....49

Temor, temblor y otras pasiones interiores.....61

El lenguaje paradójico de la fe.....81

Desesperación, debilidad y obstinación: una enfermedad para la muerte

Ese tormento contradictorio, esa enfermedad del yo que consiste en estar muriendo eternamente, muriendo y no muriendo, muriendo la muerte. Pues morir significa que todo ha terminado, pero morir la muerte significa que se vive el mismo morir. [...] La desesperación es precisamente una autodestrucción pero impotente, incapaz de conseguir lo que ella misma quiere.

Kierkegaard, *La enfermedad mortal*.

La intención central de Søren Kierkegaard es despertar al lector para sacudir su cómoda conciencia y enderezar las relaciones sociales en general. Kierkegaard en ocasiones se ha definido a sí mismo como el *espía del cristianismo*. Esto porque siente que tiene la misión de presentar el verdadero cristianismo en un mundo, que, si bien se hace llamar cristiano, aún no lo ha sido verdaderamente. La misión consiste, además, en mostrar a sus contemporáneos la verdad del cristianismo para que ellos puedan hacer un examen de si son verdaderamente cristianos o no. En el cristianismo Kierkegaard encuentra la verdad del individuo.

Kierkegaard se enfocó en el valor interno o subjetivo de las personas para dudar y desarrollar sus verdades personales. Esta preocupación es tan relevante hoy como en su

época, debido a la gran dificultad que existe para combatir el crecimiento sustancial, la complejidad y el alcance de las sociedades modernas. Se pretende que las personas analicen, evalúen, acepten — o rechacen — (en su totalidad, o en parte) y adapten sus verdades internas o creencias preferidas desde una cantidad y calidad de información históricamente sin paralelo. La preocupación de Kierkegaard está profundamente enraizada con la orientación auténtica de la fe. El individualismo al que Kierkegaard hace referencia es el que se compromete con la prioridad ética de individuo por encima del grupo y al fundamento de la esencia de la identidad auténtica en algo distinto del contexto histórico social en el que las personas se encuentran.

Kierkegaard considera que su pensamiento es existencial en el sentido en que primero refleja la relación del pensador con su pensamiento y luego pregunta cómo un receptor puede incluir este pensamiento en la realización de su vida. Para Kierkegaard, los conceptos existenciales no se pueden definir de manera absoluta como lo hace el conocimiento objetivo al que tanto critica en su obra. Categorías como la fe, el amor, la desesperación, la angustia, etc., se muestran como constitutivas del ser humano. Su intención es sacudir al lector, provocar la escucha de un llamado al autoconocimiento, a la acción, a la apropiación de la interioridad, una metamorfosis que altera su estilo de vida.

Para Kierkegaard lo importante es el rescate del individuo singular, cada individuo está aislado de todos los demás. Esto se refiere, en un sentido existencial, a la responsabilidad que ha de asumir un individuo, pues para nuestro autor la salvación recae solo en el individuo y no en una comunidad. Podemos decir que no existe una comunidad o unión sustancial que desafíe su dominio. La verdad se

manifiesta como su propia elección, pero solo se ejecuta en los actos libres que surgen de ella. Por lo tanto, la única opción abierta al individuo es la elección entre la salvación y la condenación eternas. Los individuos deben poder reaccionar a esta modernidad para vivir libremente.

Ahora bien, más allá de que Kierkegaard enuncie que la responsabilidad del individuo es aislada, no por eso este está aislado del mundo. No podemos olvidar que para nuestro autor la cultura es “como el camino que ha de recorrer un individuo para llegar al conocimiento de sí; y muy poco le serviría a quien no quiera emprender ese itinerario el haber nacido en la más ilustrada de las épocas”¹. Para él, la identidad es precisamente uno de sus grandes esfuerzos, y no simplemente está esencialmente establecida en la pura interioridad, sino también en la historia social. La construcción de la subjetividad es una relación constante entre el yo interno y el mundo, pero el énfasis está en la posibilidad de la existencia *en* el mundo.

La mayoría de los escritos de Kierkegaard fueron publicados bajo seudónimos. Hay tantos Kierkegaard como escritos particulares. Kierkegaard no solo escribió estas obras, sino que, en cierto modo, también fue su editor. Al mismo tiempo, con el seudónimo, Kierkegaard cede la palabra a todos los personajes. De este modo, objetiva su variado *yo*, no reconociéndose en ninguno de ellos. Cada seudónimo usado representa “una posibilidad de la vida y del pensar, la cual, si bien fue posibilidad para el propio autor, también fue una posibilidad desligada de su vida”². Si bien

¹ KIERKEGAARD, Søren. *Temor y temblor*. Madrid: Alianza Editorial, 2014, p. 123.

² THEUNISSEN, Michael. “El perfil filosófico de Kierkegaard” en; *Estudios de Filosofía*, 32, 2005, p. 18.

puede suceder con casi cualquier autor, especialmente en el caso de Kierkegaard no es suficiente leer solo uno de sus libros, ya que, además, el mismo autor menciona que no representan necesariamente su forma de pensar, sino que abren la posibilidad para la comprensión de los diferentes modos de existencia. Con esto, Kierkegaard pretende guiar a sus lectores al estado donde pueden decidir por sí mismos qué elegir, y la elección no puede justificarse por la razón, sino que solo puede hacerse con pasión. Él asocia este método con el cristianismo genuino. Y precisamente pone en el cristianismo el verdadero valor del individuo.

La transmisión y apropiación de este tipo de conceptos no es algo fácil. Por eso Kierkegaard se cuestiona sobre cuál es el modo correcto de transmitir la verdad. Él distingue dos tipos de comunicación: la de *saber* y la de *poder*³. En cuanto a la comunicación de un saber, menciona que este tipo de comunicación es teórica, a través de la cual se comunica una doctrina, un teorema. Este tipo de comunicación se produce de un modo directo. Pero este lenguaje es débil cuando se comunica la experiencia de la existencia, la verdadera conciencia del ser, la seriedad de la experiencia, la soledad de la decisión. No hay comunicación directa de la experiencia existencial. De ahí que, por sí solo, el análisis conceptual es insuficiente, pero la relevancia de preguntar sobre los conceptos para Kierkegaard tiene que ver con la forma de la pregunta, por lo que la pregunta se da en términos existenciales y no meramente teóricos. Por ejemplo, el enfoque de Kierkegaard hacia el amor no es sis-

³ Cfr. KIERKEGAARD, Søren. *La dialéctica de la comunicación ética y ético-religiosa*. Barcelona: Herder Editorial, 2017.

temático ni rigurosamente filosófico, al menos como interpretamos estos términos, pero sus reflexiones proporcionan una comprensión coherente de la existencia.

Por su parte, en la comunicación de un poder en realidad no hay objeto de comunicación; se pretende suscitar un poder, potenciar una capacidad. Es muy distinto comunicar la noción de amor que despertar el enamoramiento en el receptor. El medio de este tipo de comunicación se lleva a cabo en lo real, en lo concreto histórico. La comunicación de poder se articula indirectamente, ya que es un algo que no puede ser comunicado directamente, porque solamente es asunto del individuo. Sólo a través del modo de actuar, de vivir, de reaccionar y de interactuar con los otros, podemos dar cuenta de la cualidad ética de un ser humano. Además, esto permite de mejor manera un aprendizaje en la posibilidad como se ha mencionado con los pseudónimos. No hay un sistema de enseñanza unilateral y arbitrario. El ejercicio de aprendizaje, interioridad, reflexión, etc., es completamente espiritual, una nueva forma de vida, un pensamiento activo, una conciencia viva. No se trata de transmitir una teoría ética determinada, sino una existencia ética, la cual requiere una intensa actividad reflexiva: debe exigir decisivamente algo al oyente, debe exigir incondicionalmente su actividad decisiva, de la que todo depende.

Sobre este punto de la comunicación, Judith Butler hace hincapié en la complejidad que tiene para Kierkegaard intentar comunicar un concepto existencial. Incluso lo pone en términos de fracaso, es decir, que cualquier intento de comunicación de la fe ha de fracasar, por definición. Sin embargo, ha de intentarse la comunicación a costa de su propio éxito:

Para Kierkegaard, la fe no se puede comunicar, por lo que cualquier esfuerzo por escribir un libro que comunique la fe tendrá, por definición, que fracasar. De esta manera, entonces, Kierkegaard debe escribir un libro que constantemente falla en comunicar la fe, un libro que insistentemente renuncia a su propia autoridad para expresar lo que es la fe, un texto que se vuelve sobre sí mismo y efectivamente desea su propio fracaso. [...] El lenguaje de Kierkegaard debe, entonces, realizar la tarea paradójica de representar los límites del lenguaje mismo. El autor que desea señalar el camino de la fe debe resistir cada esfuerzo para comunicar la fe directamente; en otras palabras, ese autor debe tener el fracaso de su propio libro, y en ese mismo fracaso conocer su éxito⁴.

Por otra parte, Kierkegaard está profundamente convencido de que no es cristiano, porque ser cristiano es tener una conexión personal y existencial real con Cristo. Para hacer que esta conexión sea totalmente suya, para ponerla dentro de una solución que provenga de las profundidades de su ser, tiene que admitir que cristiano es solo Cristo. A pesar de esto, la labor de sus obras es conducir a la verdad, incomodar, trastocar la existencia humana, suscitar a la autorreflexión, que en gran medida lo pone como aquel emisor que busca cautivar a los individuos hacia la verdad promulgada por su interpretación del cristianismo. Las tendencias mundanas y objetivas anulan la subjetividad; el conocimiento de la sociedad (afirmado, construido, revisado y aplicado por la sociedad a través de sus instituciones y enseñanzas seculares y religiosas) engaña y ahoga a los individuos en lugar de alentarlos a usar su subjetividad interna para cuestionar, dudar y exponer a sus verdades propias. La gran verdad del cristianismo es precisamente el rescate de la subjetividad, de la propia salvación.

⁴ *Infra.*, p. 86.

El pensamiento de Kierkegaard es importante hoy en día para evitar la masificación del comportamiento humano, del pensamiento y de su forma de ser. Uno debe alcanzar la verdad por sus propios medios. El individuo debe buscar la verdad en sí mismo. Kierkegaard acepta la verdad y la validez de cada individuo, pero se niega a aceptarla en cualquier grupo colectivo. Los grupos socavan la individualidad y reducen a las personas a un significado común. Se busca la verdad interior, no impuesta desde afuera, como cree que lo hace el verdadero cristianismo. No es una doctrina impuesta desde el mundo exterior, sino algo que fluye desde el interior del individuo.

Ahora bien, remitiéndome al texto que ahora nos convoca, *La desesperación especulativa de Søren Kierkegaard*, he de apuntar que Butler se refiere al concepto de la desesperación, uno de estos conceptos existenciales a los que Kierkegaard le prestó especial atención en su libro *La enfermedad mortal*. En este ensayo Butler hace un esfuerzo por intentar explicar el concepto de desesperación como una categoría, o como “una enfermedad y una pasión”, como el mismo Kierkegaard lo plantea⁵. *La enfermedad mortal* es un libro de Kierkegaard escrito en su etapa de madurez. Este fue escrito entre marzo y mayo de 1848, aunque Kierkegaard retrasó su publicación hasta julio del año siguiente. Hasta último minuto realizó cambios en el título y cambió al autor de Kierkegaard a Anti-Climacus, poniéndose a sí mismo como editor.

En este libro Kierkegaard tiene pretensiones de alcanzar una audiencia universal, por ello plantea que cada individuo es un desesperado:

⁵ *Infra.*, p. 37.

no hay ni siquiera uno solo que no sea un poco desesperado, que no sienta en el más profundo centro de su alma una cierta inquietud, un desasosiego, una desarmonía, una angustia de algo desconocido, o de algo con lo que no desea entablar conocimiento, una angustia ante una posibilidad de la existencia o una angustia por sí mismo; es decir, que el hombre [...] va caminando con una enfermedad a cuestas, padeciendo una enfermedad del espíritu, la cual de vez en cuando, en medio de la angustia inextricable que lo domina, suele dar alguna señal clara y repentina de su existencia allá dentro⁶.

Butler menciona que, si bien el libro ofrece un diagnóstico que promete esperanza, por supuesto, también tiene la intención de despertar a aquellos que piensan que no están enfermos en absoluto, y esto supone un duro despertar. El comienzo del libro *La enfermedad mortal* parte de la idea del yo como espíritu:

Pero ¿qué es el yo? El yo es una relación que se relaciona consigo misma, o dicho de otra manera es lo que en la relación hace que este se relaciona consigo misma. El yo no es la relación sino el hecho de que la relación se relacione consigo misma⁷.

Según Butler, el inicio del libro en cuestión da cuenta de un desacuerdo de Kierkegaard frente a Hegel. Allí, afirma la autora, Kierkegaard parodia a Hegel usando su misma terminología, pero siempre con miras de trascender el corpus hegeliano. Además, Butler afirma que “el yo es una relación reflexiva (el yo es lo que se toma a sí mismo como su propio objeto) y dos, el yo es *la actividad* de su propia reflexividad (es ese proceso) de tomarse a sí mismo como

⁶ KIERKEGAARD, Søren. *La enfermedad mortal*. Madrid: Editorial Trotta, 2008, p. 43.

⁷ *Ibid.*, p. 33.

su objeto, incesantemente autorreferencial)”⁸. En el yo al que hace referencia las partes contingentes son lo temporal y lo eterno, que deben ser sintetizadas:

El hombre es una síntesis de infinitud y finitud, de lo temporal y lo eterno, de libertad y necesidad, en una palabra: es una síntesis. Y una síntesis es la relación entre dos términos. El hombre, considerado de esta manera, no es todavía un yo⁹.

No se trata de una unidad, sino de una *síntesis* de contrarios que retorna a sí misma en un tercero, el espíritu. De acuerdo con Butler, se puede concluir a partir de lo anterior que el yo está temporalizado, que es la *actividad* de relacionarse, y que *no* es una relación estática. Así pues, la posibilidad de una síntesis es, por lo tanto, negada. Pero las dos dimensiones del yo que deben relacionarse en esta actividad ya deben *ser*, en cierto sentido, la misma relación. Esto quiere decir, como afirma Butler, “que lo físico y lo psíquico, como partes de la relación, se relacionan definicionalmente, es decir, se presuponen como relacionados, y están constantemente en la actividad de convertirse en relación”¹⁰.

Una relación tal tiene que haber sido puesta por sí misma o por otro. Se puede pensar que un individuo se crea a sí mismo de manera autónoma o que hay un Poder que lo fundamenta y que quiera ser lo que este determina. Y sólo esto último es legítimo para Kierkegaard, pues hay un poder que fundamenta al hombre. Pero un yo, que no descansa de manera lúcida en el poder que lo fundamenta, es un yo desesperado. Kierkegaard llamará a esta fuente

⁸ *Infra.*, p. 41.

⁹ KIERKEGAARD, Søren. *Op. Cit.*, 2008, p. 33.

¹⁰ *Infra.*, p. 45.

más grande que todo lo humano *Dios* o *el infinito*, aunque Kierkegaard casi nunca proporciona una definición de Dios.

Kierkegaard pone a la desesperación en términos de *discordancia*, algo que confirma el fracaso de cualquier mediación final. Además, “la desesperación no sólo trastorna los esfuerzos del sujeto para sentirse a gusto consigo mismo en el mundo, sino que confirma la imposibilidad fundamental de lograr el sentido de pertenecer a su mundo”¹¹. Para Kierkegaard la desesperación es precisamente una pasión que no puede ser *sintetizada* en términos hegelianos, dice Butler. Por otra parte, la desesperación no es una enfermedad mortal en un sentido biológico, pues esta enfermedad no es de muerte. La enfermedad física no es la mayor de las preocupaciones cristianas; la muerte física no es más que un momento del ciclo vital, la muerte espiritual es la verdadera muerte cristiana. La muerte no es el fin último: “entendiendo las cosas cristianamente, la muerte no es en modo alguno el fin de todo, sino solamente un sencillo episodio incluido en la totalidad de una vida eterna”¹².

Para Kierkegaard hay tres formas de existir que pueden distinguirse cualitativamente. En la primera de ellas se puede hablar de la inconciencia. En este estado el ser humano desconoce el significado de poseer un yo, no ha caído en la cuenta de que existe como individuo o como conciencia. En esta forma se enmarca el hombre natural, que no se sabe poseedor de una conciencia, sino que vive más cercano a su inmediatez, sin reflexión. “De hecho, no

¹¹ *Infra.*, p. 39.

¹² KIERKEGAARD, Søren. *Op. Cit.*, 2008, p. 28.

saber que uno está desesperado es un síntoma de desesperación"¹³, afirma Kierkegaard.

En la segunda forma, el individuo tiene conciencia de poseer un yo, de las repercusiones de poseerlo y de la estructura dialéctica que su propio ser contiene. Se descubre que ni la sensibilidad ni la racionalidad devienen en un yo sólidamente fundando. Sin embargo, tampoco se desea que algo externo sea el fundamento, pues aún no existe creencia alguna. Hay un gran salto cualitativo con respecto al estado anterior, pues siempre que se tiene más conciencia hay un yo más potenciado. Si bien no se cree poseer un yo muy fuerte, sí hay mayor conciencia de este.

Y la tercera forma tiene que ver con un salto cualitativo hacia la fe. En esta el yo abandona su sensibilidad y su razón y se está delante de Dios y se abandona en Él como fundamento. Para Kierkegaard no hay vida más desperdiciada que la del hombre que ha vivido sin ser consciente en cuanto espíritu, en cuanto yo. Una vida desperdiciada es la del hombre que nunca cayó en la cuenta del hecho de la existencia de Dios, ni que sólo se existe delante de Él. Que nunca cayó en la cuenta ni sintió profundamente la impresión del hecho de la existencia de Dios y que él, él mismo, su propio yo, existía delante de este Dios, lo que representa una ganancia infinita que no se puede alcanzar si no es pasado por la desesperación.

Se describe la fe como una interioridad infinita, la afirmación incesante y apasionada del infinito. De esta forma, la fe será una ocasión para que surja el infinito dentro del yo. Por otra parte, aunque el yo sea de una fe infinita,

¹³ *Infra.*, p. 56.

nunca será equivalente al infinito que es anterior al individuo, que Kierkegaard llama Dios. Kierkegaard, afirma Butler, nunca define lo que es Dios, pero tampoco está interesado en demostrar racionalmente que Dios existe, “sino sólo en la cuestión de cómo lograr la fe tal como surge para el individuo existente: ¿Cómo me convierto en cristiano?, ¿qué relación puedo tener con la fe?”¹⁴ Butler resalta que para Kierkegaard la pasión suprema de la razón es la crisis del pensamiento especulativo, allí donde la razón encuentra su límite para conocer e interpretar el mundo. La pasión es propiamente sufrimiento y anhelo, el pensamiento no capta su objeto. Además, como se afirma en *Temor y temblor*, toda existencia humana encuentra su unidad en la pasión, y la fe es una pasión. Debido a que parte de que lo que se entiende por comprender un objeto es comprender su origen y porque ese origen o terreno es la infinitud de Dios, cada acto de conocimiento está obsesionado por el problema de la fe y, por lo tanto, también por la pasión.

Kierkegaard parece pensar que, si uno necesita pruebas o razones para creer en Dios, entonces esto es una paradoja. Ser un verdadero cristiano es proceder solo a través de la fe y esto significa que mientras uno hace la elección en la fe, nunca está libre de dudas. Ser un verdadero cristiano, en opinión de Kierkegaard, es estar constantemente sopesando las ideas sobre la razón en contra de una relación personal con Dios. Mientras que la ética puede ser determinada por lo general – universal –, Dios trasciende lo ético y las elecciones personales de los individuos no pueden ser dictadas por lo general.

¹⁴ *Infra.*, p. 49.

La desesperación es el resultado del esfuerzo por superar o resolver la paradoja de la existencia humana. Es desesperación del infinito cuando se quiere estar basado en el infinito, pero se niega la existencia, dispuesto a no ser el yo particular que uno es. Y es desesperación de lo finito cuando se niega lo infinito, buscando la plena responsabilidad de la propia existencia. Con respecto a la segunda forma de existir, Kierkegaard dice que ya se parte de la conciencia de que hay un yo delante de Dios, lo cual sirve como base para la definición del pecado: el pecado es desesperación *delante de Dios*. Es de tener en cuenta que se peca delante de Dios y en este sentido se hace en dos vías. Por una parte, cuando desesperadamente no se quiere ser uno mismo; por otra parte, cuando desesperadamente se quiere ser uno mismo.

Para una persona, lo suficientemente reflexiva o consciente para reconocer la desesperación que experimenta, hay dos fórmulas que parten del hecho de que se es un individuo pecador: se peca por debilidad o por obstinación. Por su parte, la desesperación de la debilidad se refiere a no querer ser sí mismo. En este sentido afirma el seudónimo de Kierkegaard, Anti-Climacus:

el hombre empieza pecando por fragilidad o debilidad, y en seguida [...] se pone a desesperar con ocasión de su propia debilidad y convierte todo en una cierta justificación legal, o desesperado se vuelve a hundir todavía más bajo en el pecado¹⁵.

Pero también puede aprender la lección de que su refugio está en Dios y busque ayuda en la fe que lo salva de

¹⁵ KIERKEGAARD, Søren. *Op. Cit.*, 2008, p. 109.

todo pecado. Así, al reconocer y tener conciencia del pecado se está más cerca de la fe. Por otra parte, la obstinación pone el acento en el querer; el individuo decide ser el yo de su propia elección. Este individuo desespera por la eternidad, tiene un nivel de conciencia mayor de sí y, por tanto, de su naturaleza de desesperado. Se tiene conciencia de ser acto, de que su yo está es en la actividad constante.

La desesperación de la debilidad de no ser sí mismo requiere reflexión, va más allá de la inmediatez y lo externo. Quizás el comienzo de la desesperación en la vida, sean las decepciones esperadas de la vida, y con ello aumenta la intensidad y alcance con el crecimiento de la conciencia. La desesperación de no ser uno mismo requiere una conciencia de que la desesperación no proviene de las circunstancias externas sino de algo profundamente interno: la conciencia de la falta de lo eterno. Esta falta es apoyada por lo eterno precisamente por ser mucho más intensa, está en cierto sentido más cerca de poder curarse. No hay que perder precisamente la idea de que, según Kierkegaard, la desesperación es una enfermedad, ciertamente, para la muerte.

Ahora, el individuo que se arroja de lleno a la vida, que llena su tiempo con no querer ser sí mismo, sin manifestaciones externas de su interior, es la clausura de sí mismo. Pero según Kierkegaard, este es el comienzo para la desesperación de la obstinación: el individuo quiere ser el yo de su propia elección. Kierkegaard señala que el yo intenta desesperadamente separarse de toda relación con el Poder que lo fundamenta o de la idea de que tal poder existe. Este agrega que “no quiere revestirse con su propio yo, ni tampoco estima que su tarea haya de estar relacionada con el

yo que se le ha dado, sino que personalmente quiere reconstruirlo de raíz, encarnando aquella forma infinita”¹⁶. Pero en esta ocasión no hay bases ni criterios que uno pueda elegir, y tampoco hay un punto como criterio para decir que se ha llegado a esto, ni razones para que uno abandone todo el proyecto en virtud de un nuevo yo en cualquier momento.

Para Anti-Climacus esta persona no se quiere dejar consolar ni curar por lo eterno, pues no representa ningún consuelo para ella, sino que pone muy alto lo temporal. Este individuo se escandaliza de toda existencia y “antes que buscar ayuda, nuestro desesperado prefiere ser sí mismo aun a costa de todos los tormentos del infierno”¹⁷. Prefiere padecer los tormentos que este movimiento le trae a su existencia antes que sacrificar el querer ser sí mismo, la conciencia que ha ganado de sí mismo.

Según Luis Guerrero Martínez, generalmente, quien sufre tiene en la mira las posibilidades en las que puede ser ayudado y recibe la ayuda sin reparos, pero cambia la situación cuando, como en este caso, es socorrido de manera seria y sin condición alguna, como la que se obtiene de Dios: “aquí hay que humillarse y recibir la ayuda sin reparo o condición, anonadándose en las manos del poderoso auxiliador a quien todo le es posible”¹⁸. Y este individuo obtiene como resultado una vida de sufrimiento en virtud de querer ser sí mismo, pero es más tolerable que aquella humillación que representa la del sacrificio delante

¹⁶ *Ibid.*, p. 93.

¹⁷ *Ibid.*, p. 96.

¹⁸ GUERRERO MARTÍNEZ, Luis. “Reflexiones de Kierkegaard sobre la obstinación de la conciencia hermética” en: *Tópicos. Revista de Filosofía*, 2, 1992, p. 115.

del Poder que lo fundamenta. El individuo no confía los secretos íntimos de su propio yo, cayendo dentro del hermetismo. No siente impulso comunicativo o ha aprendido a dominarlo a la perfección y sólo se escucha a sí mismo hablando; se sumerge en la soledad.

Para Kierkegaard la tendencia hacia la soledad da muestras de un cierto grado de espiritualidad. Pero en la sociedad que se ha gestado ante sus ojos, aquella sociedad gregaria y burguesa, siente espanto por la mera idea de soledad, llegando a significar incluso un castigo para criminales. Es considerado un verdadero crimen eso de tener espíritu. Esta es una forma de hermetismo en la que el individuo está sumergido en la soledad y puede ser complementaria a la desesperación de la obstinación. No existe ninguna desesperación que no entrañe obstinación o desafío. El individuo que se desespera en desafío al Poder que lo fundamenta vive en un mundo de secretos, en un mundo creado para sí. Esto porque “ante la conciencia de la imposibilidad de que el yo pueda autofundarse, el individuo obstinadamente desespera de que alguien salga en su ayuda o ve obstinadamente en esa ayuda un descamino del propio yo”¹⁹.

Pero de ordinario la debilidad se puede tornar en obstinación y la obstinación en debilidad. En el primer caso el hombre no quiere ser sí mismo, pero esto ya está expresando obstinación. En la conciencia de que se está delante de Dios no se quiere ser lo que se es, se cae en la obstinación, no hay atrevimiento para realizar la tarea a la que se es llamado. Y, en el segundo caso, la suprema obstinación de una desesperación nunca deja de venir acompañada de

¹⁹ *Ibid.*

cierta debilidad. Cuando el hombre quiere ser sí mismo, pero no tiene tanta fuerza para dar el salto a la fe, cae en la debilidad, permanece en el pecado sin dar ese salto a la fe, aunque sea consciente de ello. En conclusión, la diferencia entre obstinación y debilidad es sólo relativa. Butler hace alusión igualmente a la paradoja de la existencia, la cual sólo puede ser vivida y nunca superada. Esta consiste en la reconciliación de la existencia y la fe, es decir, “ser un individuo existente que, en su finitud, puede sostenerse en una fe infinita”²⁰.

Tanto el hermetismo como la obstinación no tienen representación fuera del interior de un individuo. Solo los hombres meramente inmediatos no tienen nada que ocultar. Ahora bien, un hombre consciente de sí mismo, que permanece hermético, es patente en su desesperación. Sin una idea de propio yo, de algo eterno en el individuo, pareciera imposible desesperar. De acuerdo con Kierkegaard, esto es precisamente por lo que se desespera y no por alguna cosa temporal. En la conciencia del yo hay mayor conocimiento de lo que es la desesperación, pues se es consciente de la pérdida de lo eterno y de uno mismo. Así pues, lo que antes fue ganancia, la conciencia del yo y estar más cerca de la curación, ahora es una pérdida cualitativa. Esto es porque el que es consciente de estar desesperado, y se mantiene en ese estado, está más lejos de la salvación, está afirmado en la desesperación.

Una conciencia desesperadamente débil se puede llegar a odiar en este punto. No se quiere humillar ante su condición existencial, ante un tercero, por lo que no desea ser sí misma. No permite que le ayuden, pues no quiere saber

²⁰ *Infra.*, p. 52.

nada de sí misma. Esta conciencia puede elevarse por un motivo temporal, pero hasta el sentido de su propia existencia:

Primero llega la desesperación por lo temporal o por alguna cosa temporal, después la desesperación en torno a lo eterno y por uno mismo. Luego viene la obstinación —que propiamente es desesperación a expensas de lo eterno, es decir, el desesperado abuso de lo eterno que hay en el yo— y le lleva a uno a querer desesperadamente ser sí mismo²¹.

La conciencia débil puede reaccionar intentando perder su yo en la mundanidad, también reduciendo su yo eterno a la nada por medio del suicidio, u obstinadamente permaneciendo en la debilidad. La reacción más común sería la primera opción. La conciencia débil se arroja a la mundanidad acallando los fuertes ruidos de su interioridad no menos fuertes, con las distracciones de grandes empresas. Pero también es posible que se arroje a la vida de lo sentido, retornando desesperadamente a la inmediatez, pero siempre atenta al yo que no se quiere ser.

Respecto del peligro del suicidio, este acecha al individuo que no quiere ser sí mismo conscientemente. Si bien el suicidio es el intento de eliminar su yo eterno, no podrá deshacerse de él con la terminación de la vida biológica. Se puede llegar a un nivel de hermetismo tal que la única realidad sea el propio yo que no desea en absoluto y no puede soportar su propia existencia. El pecado del suicida, según Kierkegaard, es uno de los mayores que se puede cometer, pues es una verdadera rebeldía contra Dios; elige radicalmente no ser.

²¹ KIERKEGAARD, Søren. *Op. Cit.*, 2008, p. 92.

De otra parte, rara vez ocurre la desesperación potenciada como pura obstinación, que en realidad sería contraria a la debilidad. Dificilmente alguien puede permanecer en el estado de desesperar por no poderse devorar a sí mismo, por no poder deshacerse de sí mismo y quedar reducido a nada. El yo que desesperadamente quiere ser sí mismo sin permitir ayuda de Dios ni de otra fuerza externa, es la forma existencial más opuesta a Dios. Esta oposición es espiritual y Kierkegaard le da el nombre de *lo endemoniado*. El individuo quiere ser sí mismo, no sólo de manera desafiante al Poder que lo funda, sino que lo quiere hacer con todas sus fuerzas por el desafío mismo, y aquí “la voluntad de fabricar y ficcionalizar se afirma en una clara decepción, incluso odio, de Dios”²². El individuo se quiere imponer y desafía al poder que lo fundamenta vinculado a él a fuerza de malicia. La desesperación del endemoniado es la más intensa, pues es puro espíritu y por ello conciencia y transparencia, en esta no hay ninguna oscuridad que pueda servir de disculpa atenuante y por eso su desesperación es la más absoluta de todas.

Quien desesperadamente quiere ser sí mismo no puede creer que las miserias temporales o los pecados puedan ser quitados o perdonados. Este se ha convencido de que estos sufrimientos los llevará por una eternidad. Es un absurdo para la razón humana creer que se puede ser perdonado. El observador se escandaliza de la posibilidad de su propia salvación y se encierra a ella. El hombre se escandaliza, pues cree que esta idea es demasiado para él. El individuo se escandaliza de toda la existencia y se obstina a dejar la marca de sus sufrimientos. Para este todo está definitiva-

²² *Infra.*, p. 87.

mente perdido, su destino doloroso parece sellado al considerarse imposible eliminar o separar la desesperación de su yo concreto.

Ahora bien, cuanto mayor sea el grado de conciencia este individuo también será mayor la potenciación de la desesperación, hasta el punto de ser algo demoníaco. El desesperado se relaciona de una manera más íntima con su conciencia, se mantiene encerrado en un hermetismo más riguroso. Y este hermetismo es algo espiritual. Constituye un medio para asegurarse indiferente ante la realidad, creando un mundo para sí mismo. Para Kierkegaard este individuo se encalla en sí mismo y en su propio tormento, y así rechaza la existencia entera. Este individuo obstinado no quiere consuelos en la eternidad, lo que quiere es desligar su yo del Poder que lo fundamenta. Este poder es más fuerte y le constriñe a ser el yo que él no quiere ser. Y pues esta desesperación entendida eternamente constituye la perdición.

Butler finaliza su ensayo haciendo referencia a la idea de que al parecer Kierkegaard abandona su carrera como autor literario y filosófico para escribir textos puramente filosóficos. Y agrega las siguientes cuestiones sin ofrecer respuesta alguna: “¿Había logrado la fe? ¿Superó la desesperación? ¿Fue su escritura tan convincente después del salto, o resultó ser que requirió la misma desesperación que trató de superar?”²³

Para finalizar, vale la pena destacar que en la vida espiritual todo es dialéctico. Así que la desesperación también lo es. No sólo es una enfermedad del espíritu, también

²³ *Infra.*, p. 89.

constituye el momento inicial hacia la fe, esto en cuanto abolición de la posibilidad de la desesperación. Aquel que cree ha debido pasar primero a través de la posibilidad del escándalo para poder llegar a creer. Estar desesperado a un nivel tal de conciencia respecto de la idea de Dios, hace que el individuo sea aún más consciente de su salvación. La posibilidad de la redención se presenta ante ojos del hombre como un escándalo, pero no para aquel que tiene a Dios como su medida y se asemeja a él como modelo de vida.